

Colección Política, Políticas y Sociedad
Serie Democracias en revolución & revoluciones en democracia

Economía y hegemonía

Argentina, 2000-2015

José Luis Coraggio y Pablo Míguez
Compiladores

EDICIONES UNGS



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

Economía y hegemonía

Argentina, 2000-2015

Economía y hegemonía

Argentina, 2000-2015

José Luis Coraggio y Pablo Míguez
Compiladores

Alberto Bonnet, Alejandro Gaggero, Pablo Míguez,
Adrián Piva, Fernando Porta y Martín Schoor

EDICIONES **UNGS**



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

Economía y hegemonía : Argentina, 2000-2015 / Alberto Bonnet... [et al.] ; compilado por José Luis Coraggio ; Pablo Míguez.-
1a ed.- Los Polvorines : Universidad Nacional de General Sarmiento, 2020.
76 p. ; 21 x 15 cm. - (Política, políticas y sociedad. Democracias en Revolución y Revoluciones en Democracia ; 4)

ISBN 978-987-630-446-7

1. Economía Argentina. 2. Hegemonía. I. Bonnet, Alberto. II. Coraggio, José Luis, comp. III. Míguez, Pablo, comp.
CDD 330.82

EDICIONES **UNGS**

© Universidad Nacional de General Sarmiento, 2020
J. M. Gutiérrez 1150, Los Polvorines (B1613GSX), Prov. de Buenos Aires, Argentina
Tel.: (54 11) 4469-7507 - ediciones@campus.ungs.edu.ar - ediciones.ungs.edu.ar

Serie Democracias en Revolución y Revoluciones en Democracia

Coordinación: José Luis Coraggio y Eduardo Rinesi
Comité Académico: W. Pengue, F. Acosta, R. Aronskind, G. Vommaro y J. P. Cremonte

Diseño gráfico de interiores: Daniel Vidable

Tipografías:

Rosario / Diseñada por Héctor Gatti, Adobe Typekit & Omnibus-Type Team

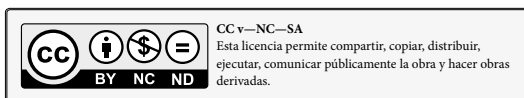
Andada / Diseñada por Carolina Giovagnoli para Huerta Tipográfica

SIL Open Font License, 1.1

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Prohibida su reproducción total o parcial.

Derechos reservados.



Índice

Introducción 9

PRIMERA PARTE

Cambio estructural y antagonismo social en la Argentina reciente

El kirchnerismo. Los límites de una política de desplazamiento del antagonismo social 23
Adrián Piva

Los gobiernos kirchneristas: entre la holgura y la restricción externa. Una mirada estructural 33
Martín Schoor

Estructura y distribución: un conflicto no resuelto 39
Fernando Porta

SEGUNDA PARTE

Grupos económicos, fracciones del capital y dominación en la Argentina contemporánea

El kirchnerismo y la ambivalencia de una reindustrialización fallida..... 51
Pablo Míguez

La élite empresarial durante el kirchnerismo 61
Alejandro Gaggero

Acumulación y dominación en la Argentina reciente 69
Alberto Bonnet

El kirchnerismo. Los límites de una política de desplazamiento del antagonismo social

Adrián Piva

Mi exposición va a partir del análisis de la modalidad de dominación política, es decir, que va a iniciarse con una discusión en torno al problema de la hegemonía, pero en su desarrollo va a aparecer, necesariamente, el problema de los límites que impuso la dinámica de la acumulación a esa modalidad. La restricción externa es, en particular, una dimensión importante para la comprensión de esos límites. Pero teniendo en cuenta el momento en el que estamos hablando –el de la derrota electoral del kirchnerismo– es inevitable que una mirada hacia atrás cobre forma de balance y que tenga como punto de partida ese resultado. Esto no implica de ninguna manera que la exposición trate de fundamentar que necesariamente tenía que producirse esa derrota, sino más bien que el esfuerzo está puesto en tratar de entender por qué las cosas terminaron de ese modo, más que en hacer esfuerzos especulativos de cómo “podrían haber sido”, pero eso no implica inevitabilidad del resultado.

Un problema de este punto de partida está en la relativa contingencia que plantea el propio resultado electoral, la escasa diferencia. Pero también me parece que es importante destacar como un elemento no coyuntural sino de mediano plazo un aspecto del resultado electoral que a veces se deja de lado, que es el hecho de que el kirchnerismo perdió en Mendoza, Córdoba, Santa Fe, Ciudad de Buenos Aires y Provincia de Buenos Aires. Si nos quedamos solo con el 1,5% de diferencia del balotaje se pierde de vista la tendencia del kirchnerismo a perder apoyo electoral en los principales

distritos del centro del país desde 2005 en adelante, espacios de fuerte concentración de los sectores medios urbanos, donde la pérdida fue mayor. Pero también de obreros, entre los que parece haberse desarrollado una pérdida de apoyo especialmente desde 2012-2013. En ese sentido, esta derrota adquiere un carácter menos contingente, es decir, hay contingencia en el resultado del balotaje, pero este expresa también un aspecto más profundo. El otro aspecto que interesa de la situación actual para mirar hacia atrás es el relativo éxito que en los primeros meses de gobierno ha tenido el macrismo en avanzar en una serie de medidas de su programa de ajuste. Una situación que es incierta, que es inestable, que está abierta y tiene además dos caras. Por un lado, una intensa movilización y, por otro lado, una escasa conflictividad en el terreno laboral si tomamos en cuenta el avance del programa de ajuste.

Voy a partir, entonces, del análisis de la estrategia de construcción y reproducción de consenso del kirchnerismo que caracteriza, en mi opinión, al modo de dominación política que voy a denominar “neopopulista”. No utilizo el término “populista” con el significado peyorativo al que suele estar asociado. Si alguien quiere reemplazarlo por “nacional popular” no me opongo, en la medida que ese término comprenda el contenido conceptual que quiero asignarle. Lo primero entonces es clarificar qué entiendo por “populismo”, más específicamente por “populismos latinoamericanos”. En este sentido me distancio de la conceptualización de “populismo” como una lógica política formal que abarcaría formas de dominación política muy variadas al estilo de Laclau. Entiendo al “populismo latinoamericano” como un modo de incorporación política de grupos y demandas sociales excluidos, en condiciones de transformaciones sociales aceleradas y de crisis de hegemonía. Creo que esta definición capta el núcleo central del fenómeno populista y que es común a los diversos estudios que configuran la tradición clásica de análisis del populismo en América Latina.

Este modo de abordar el “populismo latinoamericano” destaca dos dimensiones centrales interrelacionadas. De un lado, un proceso de movilización y, del otro lado, la capacidad de integración política de ese proceso de movilización. La categoría “movilización”, en la tradición de Gino Germani implica, primero, la asimilación de “movilización” y “movilización política”; Germani muchas veces, incluso, parece referir a la “movilización” que no es “movilización política” como una movilización coartada en su fin. Y en segundo lugar este proceso de movilización es un proceso de constitución de un sujeto político. Por lo tanto, los procesos populistas

“clásicos”, el peronismo, en particular, como planteaba Torre, son procesos de constitución de un sujeto político unificado. El problema que tienen en general esas perspectivas (no la de Torre, me refiero, por ejemplo, a Germani) es el contenido evolucionista inscripto en la noción de masas disponibles. En por eso que me interesa la transformación que opera con el concepto de disponibilidad Zavaleta Mercado. En el planteo de Zavaleta Mercado la situación de disponibilidad es constituida por dos polos correlativos: de un lado, la disponibilidad de las masas para una transformación de sus prácticas y creencias; del otro lado, la insuficiente capacidad de integración política del Estado. Esta manera de presentar el problema liga, de manera mucho más clara, crisis de dominación, movilización y constitución de sujetos políticos. Ahora bien, en la medida que ese proceso de movilización es simultáneamente la construcción de un sujeto político, tiene que dejar marcas en los modos de respuesta de ese sujeto a las crisis y a su propia crisis. Pero, además, esta dimensión de los procesos de movilización política característica de los “populismos latinoamericanos” singulariza al peronismo porque, como señala Torre, se trató del proceso de constitución de la clase obrera como sujeto unificado. Y esto lo diferencia de otros procesos populistas latinoamericanos que tendieron a ser más inestables, más tendientes a la descomposición, después de la muerte del líder o de su derrocamiento, cosa que no ha pasado con el peronismo y que ha dejado marcas en las tradiciones del movimiento obrero. No como una esencia inmodificable, sino como tradiciones que se reproducen, se resignifican y se transforman en los propios procesos de movilización, es decir, que son recreadas una y otra vez.

Sin embargo, los “populismos latinoamericanos” no advienen para resolver la crisis de hegemonía de la que surgen, sino que manifiestan, en el modo de dominación política que instituyen, la imposibilidad de resolución de esa hegemonía. Un aspecto esencial de esa imposibilidad es el mecanismo de desplazamiento del antagonismo capital/trabajo hacia una posición exterior, pueblo/antipueblo, pueblo/oligarquía, pueblo/grupos económicos. La diferencia de esta perspectiva con la de Laclau es que allí se trata de la constitución del antagonismo, mientras que aquí se trata de un mecanismo de desplazamiento. Voy a intentar mostrar qué importancia tuvo en el kirchnerismo dicho mecanismo y qué pasó cuando alcanzó sus límites.

Pero antes debemos responder otras preguntas. En primer término, ¿qué diferencias habría entre el “populismo” y el “neopopulismo”? Una primera

diferencia que podemos establecer es la que existe entre un proceso de incorporación primaria, como puede ser el proceso de constitución de la clase obrera como sujeto político en el peronismo, y un proceso de incorporación secundaria, es decir, cuando los procesos de incorporación de demandas de grupos sociales que caracterizan a los “populismos latinoamericanos” se desarrollan sobre la base de tradiciones políticas preexistentes. Este sería el caso del kirchnerismo. Una segunda diferencia, para el caso aquí abordado, surge de los cambios en la estructura económico-social desde 1976 en adelante que han impactado en la composición sociopolítica del peronismo. Eso explica que la apelación a lo popular sea más indeterminada, que esté menos ligada a ese sujeto que era la clase obrera sindicalmente organizada, que sigue siendo muy importante, central en mi opinión, pero que efectivamente haya una heterogeneización de esa composición de su base popular.

En segundo término, ¿en qué sentido el kirchnerismo es “neopopulismo”? Para eso hay que referirse brevemente a los años noventa. La década del noventa fue un período de transformaciones estructurales aceleradas, de un proceso muy veloz de reestructuración del capital y del Estado, que implicó una reorganización general del capitalismo, cambios profundos en la estructura de clases y en la forma de Estado, años de un proceso caracterizado por una fuerte ofensiva del capital contra el trabajo. Pero que, a su vez, tuvo como condición de posibilidad la construcción de una hegemonía sustentada en un proceso de desmovilización de la clase obrera. Si decíamos que el proceso de movilización es un proceso de constitución de sujetos políticos, el proceso de desmovilización de los trabajadores se puede traducir como un proceso de desorganización de la acción colectiva de la clase obrera. Por su parte, el proceso de movilización que se inició en los años 1996-1997 planteó problemas a la capacidad de integración política. Si la hegemonía constituida durante el menemismo tuvo como base aquella desmovilización, la movilización planteó problemas a la continuidad de esa hegemonía articulada alrededor del régimen de convertibilidad. Desde esa perspectiva, el kirchnerismo tuvo tres características que lo vinculan al populismo o que permiten caracterizarlo como “neopopulismo”. En primer lugar, fue una estrategia de recomposición del consenso poscrisis de 2001 basada en la incorporación política de demandas de esos grupos sociales movilizados desde los años 1996-1997 y en particular durante el año 2001. En segundo lugar, caracterizó a ese proceso de incorporación política una dimensión que ha sido destacada en la literatura sobre populismo, en

general con una carga negativa: la escasa o nula separación entre integración política de demandas e incorporación de las organizaciones obreras y populares a la coalición política de gobierno. Yo prefiero prescindir de aquel juicio negativo –que en general parte de alguna definición procedimental de la democracia como criterio normativo–. Lo que me interesa es el déficit de institucionalización que esa dimensión del proceso de incorporación política señala, ya que es un indicador de las dificultades del kirchnerismo para construir una hegemonía (no puedo desarrollarlo acá, pero como he sostenido en diferentes trabajos, no hubo en el período kirchnerista construcción de hegemonía en el sentido fuerte, esto es, como institucionalización, “estatalización”, de mecanismos de integración de los antagonismos sociales).

Y, por último, como tercer rasgo neopopulista, debemos señalar la intervención activa del Estado en los conflictos y su papel en la redistribución de ingresos y poder entre clases y fracciones de clases. A partir de este rasgo, el kirchnerismo y otros procesos sudamericanos de la última década han sido identificados como “bonapartistas”. Mi posición es que esa caracterización es inadecuada. Por un lado, personalmente no creo que “bonapartismo” sea una categoría que se pueda universalizar o generalizar, y el único aspecto universal que señala el análisis de Marx en “El 18 brumario de Luis Bonaparte” refiere a la tendencia a la autonomización del Estado respecto de la clase dominante y de la “sociedad civil”, una tendencia que por ser general es inadecuada para definir rasgos específicos del Estado y de la dominación en condiciones históricas concretas. Pero además, en este caso, la intervención activa del Estado, más que constituirlo en árbitro, y me parece que acá reside uno de los problemas significativos para la caracterización del kirchnerismo como “neopopulismo”, tendió a producir problemas de legitimación, es decir, tendió a producir una ruptura de la apariencia de neutralidad, otro aspecto significativo de la dificultad del kirchnerismo para construir una hegemonía.

La última dimensión que es relevante para caracterizar al kirchnerismo como “neopopulismo” es un rasgo de los “populismos” que señalaba Touraine, lo que denominaba como “dualidad de los populismos”. Según Touraine, los “populismos”, por un lado, plantean en su discurso cierto cuestionamiento del orden social pero, por otro lado, ese mismo discurso debe legitimar una dirección económica que depende del flujo de inversiones, lo que plantea una contradicción. En esa “dualidad” quiero situar el modo particular en que se desarrolló desde 2003 la contradicción entre

necesidades de acumulación y necesidades de legitimación que, desde mi perspectiva, es indispensable para entender la dinámica económico-política argentina desde 1989, pero que adquiere características muy específicas y particularmente importantes durante el kirchnerismo. Lo que caracterizó al kirchnerismo, desde este punto de vista, fue un desfase entre acumulación y política económica. Este desfase tuvo su origen en el dilema que a partir de cierto punto se presentó a la estrategia kirchnerista de recomposición de la acumulación y de la dominación política: adecuar la política económica a la necesidad del proceso de acumulación o desarrollar una política orientada a darle continuidad a aquel proceso de reconstrucción y reproducción del consenso basado en la satisfacción gradual de demandas. Desde el punto de vista de la acumulación, el problema que se planteaba era el de la subordinación de las demandas obreras y populares a una dinámica de acumulación cuyos fundamentos estructurales se encontraban en el proceso de reestructuración capitalista de los años noventa y cuyas consecuencias más profundas sobre la estructura económica no se habían revertido. Desde el punto de vista del proceso de reconstrucción del consenso, el problema que se planteaba era el de los límites que imponía –e impone– ese proceso de acumulación, dados sus fundamentos, a la continuidad de la satisfacción gradual de demandas. Cuando se alcanzan esos límites, el mecanismo típicamente populista de desplazamiento del antagonismo interno capital/trabajo hacia una oposición exterior –lo que significa redefinir el campo de confrontación social y alejar el conflicto del centro del sistema– se vuelve más importante. Ese desplazamiento “espacial” se conjuga con un desplazamiento temporal del antagonismo, una posposición del desenlace –involucrado en el dilema acumulación/legitimación– una de cuyas manifestaciones más significativas es la inflación.

Desde esta perspectiva, si ensayamos una periodización, podemos encontrar un primer momento en el que este dilema emerge, que es el de la salida del ministro Lavagna del gobierno de Néstor Kirchner en 2005: ¿hay que “pisar” el aumento del gasto público y contener los aumentos salariales en función de adecuar la política fiscal y monetaria a un proceso de acumulación centrado en la exportación de productos agroindustriales? O ¿hay que impulsar el aumento del gasto público y sostener el proceso de recuperación del salario real para darle continuidad al proceso de reconstrucción y reproducción del consenso basado en la satisfacción gradual de demandas? El kirchnerismo, claramente, se decide por la

segunda opción; eso es lo que significa la salida de Lavagna, pero esto solo implica que el dilema se postergue en el tiempo. Reaparece en la medida que se empiezan a reducir los “superávit gemelos” (comercial y fiscal). En particular, la reducción del superávit fiscal está en el centro del conflicto con la burguesía agraria en 2008. En el contexto del aumento del peso de los subsidios al transporte, la energía y los servicios públicos privatizados en el gasto público y, en menor medida, de la carga del capital y de los intereses de la deuda externa en condiciones de restricción al endeudamiento externo, el gobierno se lanzó a la disputa por el excedente con la burguesía agraria y agroindustrial. La resolución del conflicto fue ambivalente, porque por un lado el kirchnerismo logró recuperarse de la situación de derrota del 2008 y del 2009 y reconstruir el consenso, pero, por otro lado, la burguesía agraria logró imponer un bloqueo al aumento de la presión tributaria sobre la gran burguesía en su conjunto. Esto se expresó de diversas formas, por ejemplo, en el aumento del peso de los recursos tributarios procedentes de ganancias a la cuarta categoría respecto de ganancias corporativas y de las propias retenciones. Pero también se expresó en una profundización de la lógica de desplazamiento temporal de la contradicción a través de la estatización de las AFJP. Pero finalmente reapareció la restricción externa.

La restricción externa apareció como un último límite que puso de manifiesto la ilusión de poder sostener indefinidamente la autonomización del Estado respecto de las condiciones de acumulación, en última instancia, la ilusión de que el Estado está “afuera” del capital y que puede regular desde ese lugar de exterioridad el proceso económico sosteniendo también indefinidamente el crecimiento económico y la satisfacción de demandas obreras y populares. En realidad, el Estado es parte de ese proceso que es a un tiempo económico y político. La restricción externa afecta la propia capacidad del Estado de darle continuidad a ese proceso de incorporación de demandas como mecanismo de legitimación. En ese sentido, lo que se abre a partir de 2011 es un período de cuasiestancamiento, la tasa de crecimiento anual promedio del PBI se situó en esos cuatro años debajo del 1%. Pero el estancamiento no fue meramente económico, se trató también, y quizás en especial, de un estancamiento político. Si hasta 2011 el mecanismo de desplazamiento “espacial” y temporal genera tendencias a la erosión de los fundamentos del crecimiento económico (inflación, apreciación cambiaria, reducción de superávit gemelos, etcétera) y es la confesión de las dificultades de la construcción de una hegemonía, a partir de 2012 el

mecanismo de desplazamiento del antagonismo empieza a ser crecientemente difícil y se transforma cada vez más en un mecanismo de “giro en falso”, que tiende a agudizar las tensiones más que a posponerlas. Si esta lectura del proceso económico-político es correcta, lo que sucedió en ese último período es que la disputa política se trasladó hacia las vías de salida de la situación de estancamiento.

El kirchnerismo, entonces, quedó atrapado en el dilema que le planteaba la contradicción entre la necesidad de relanzar el proceso de acumulación y de sostener su estrategia de reproducción del consenso. Si, por un lado, existía una creciente presión por el ajuste para dar respuestas a las necesidades del proceso de acumulación, por otro lado, cuando el kirchnerismo se embarcó en políticas de ajuste gradual, como en 2014 o incluso antes en los intentos de aumentar tarifas, se enfrentó a procesos de deslegitimación, a los que era especialmente vulnerable debido a su propia estrategia de reconstrucción y reproducción del consenso. Y es en ese desplazamiento de la disputa política hacia la salida de una situación de estancamiento en el que me parece que hay que encontrar parte de la explicación del relativo éxito para instalar la idea de la inevitabilidad del ajuste porque, en efecto, la discusión pasó a ser entre gradualismo creciente o shock. En la campaña electoral, con más o menos eufemismos, los principales candidatos discutieron la magnitud y la velocidad del ajuste.

Por último, y ya para terminar, el fracaso del mecanismo de desplazamiento “espacial” y temporal del antagonismo capital/trabajo necesariamente devuelve el conflicto al centro del sistema. Esto no significa que los actores se representen el conflicto como conflicto de clases, pero lo devuelve en términos de las tareas y de los objetivos que asume el marxismo. Desde esa perspectiva, los principales objetivos del gobierno de Cambiemos son, en primer lugar, subordinar las demandas obreras y populares a las necesidades, posibilidades y restricciones del proceso de acumulación y, en segundo lugar, darle a dicha subordinación cierto grado de institucionalización que le dé previsibilidad a la dinámica económico-política, o sea, la construcción de una hegemonía. Es decir, que la tarea que ha asumido el gobierno como central y que lo caracteriza puede resumirse en una frase: restablecer la autoridad del capital sobre el trabajo a nivel social y en los lugares de trabajo. Es muy pronto para saber si lo va a poder hacer, pero en principio, el primer objetivo, en el corto plazo, podría estar lográndolo. Es decir, efectivamente, se consolida una caída del salario real, una redistribución regresiva del ingreso, etcétera. Para saber

si va a poder alcanzar el segundo objetivo, en definitiva el fundamental, es muy temprano y creo que el carácter dependiente del desarrollo capitalista en la Argentina, y la restricción externa al crecimiento resultante, imponen límites estrechos a la posibilidad de construcción de una hegemonía o al menos obliga a una política de disciplinamiento social de gran alcance.